

La Política Como Impulso y Canalización*

José Medina Echeverría

1.- Tecnologías y Política

¿Dónde se encuentra -hubo antes de preguntarse- el último fundamento de la *prise de conscience* (Marchal) que inaugura en estos momentos en América Latina un nuevo período "a la larga" de su vida económica, o, si se prefieren términos más generales o menos técnicos, una nueva época de su vida toda? La teoría algún tiempo en boga del rezagamiento cultural, generalizó la creencia en el valor decisivo del factor "tecnológico" y no dejó de influir con ese relativo simplismo esperanzadas decisiones de la política práctica. Se ha sostenido con razón y en planos más profundos que nadie puede comprender en su más último sentido, la naturaleza de las modernas sociedades industriales que no medite en serio sobre estos dos fenómenos al parecer muy desparejos: la técnica y la pintura. Sobre la técnica¹ no tanto porque se adelanta en sus avances a otros sectores de la cultura -en modo alguno exacto, como está la ciencia para demostrarlo-, sino porque impone su impronta a las maneras, usos y lenguajes de la edad, porque modifica por completo el decimonónico concepto del progreso, y porque en la factura de su propio hacerse constituye un modelo de cómo empieza a trabajarse en otros campos, comprendido incluso el de las recalcitrantes disciplinas humanas. Sobre la pintura el hecho es más sutil y complicado, pero pudiera tener razón un Arnold Gehlen² -y no está solo entre los actuales pensadores- cuando sostiene que algunos secretos de la edad pueden describirse a través de Picasso o de Miró, de Klee, de Max Ernst o de Mattia Moram.

Cuando la atención se vuelca sobre la realidad actual de América Latina nadie ha intentado introducirse en los vericuetos de su pintura con ánimos de una interpretación sociológica (Orozco, Tamayo o Siqueiros, Portinari, Matta, o aún si se quiere Jusep Torre Campalans). Pero, en cambio, se ha insistido hasta la saciedad en lo que ha significado para la conmoción de los modos de pensar y sentir, la introducción de los últimos adelantos técnicos. Hay, pues, lo que pudiera denominarse una "interpretación tecnológica" de la toma de conciencia del moderno latinoamericano. Que existe una dosis de verdad es evidente, pero no es ni mucho menos toda la verdad.

* Capítulo del libro "Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina", Buenos Aires, 1964.

¹ Excelente resumen de Hans Freyer, "Gessellschaft und Kultur", en Propy uen Weltgeschichte, t. X, págs. 532 y sigts.

² Arnol Gehlen, Zeit Bilder, Bonn 1960, o la amplia obra de H. Read.

En su estudio sobre Guatemala³, que ahora merece citarse por segunda vez, Richard N. Adams ha tenido el honroso y doble coraje -intelectual y político- de enfrentarse con la imperiosa boga del determinismo tecnológico. Los guatemaltecos no desdeñan, claro está, nada de lo que pueda mejorar su condición por la vía de la ayuda técnica. Pero el fermento de su inquietud ante el futuro - en pasados años y sin duda en los actuales- es el afán de una reforma de conjunto de su estructura social tradicional, y no es de extrañar -e importa subrayarlo enérgicamente- que ese fermento y esa inquietud anidaran sobre todo en los sectores de la baja burguesía: maestros y estudiantes, oficiales y empleados, pequeños industriales y terratenientes. Dos párrafos de Adams merecen por eso citarse por entero: "Cuando se examina el proceso de cambio de la sociedad guatemalteca en su conjunto, dos rasgos sobresalientes se imponen a la mirada. En primer lugar, se encuentra en los umbrales dolorosos del tránsito de una sociedad constituida por una serie discontinua de culturas regionales a otra sociedad de desarrollo sin discontinuidad y centrada en torno a una cultura nacional. En segundo lugar, semejante mudanza ha sido iniciada con *innovaciones políticas y sociales* más que por la creación espontánea de determinados cambios en la producción y la tecnología"⁴.

Y añade más tarde de modo concluyente: "... hemos de darnos cuenta de que en un país como Guatemala la gente no ve únicamente sus problemas en términos de desarrollo económico y de ayuda técnica. Están más bien comprometidos con toda su alma en la dolorosa formación de *una nueva sociedad con sus nuevas fuentes de poder*"⁵.

Pues bien, lo que Adams percibió con clara inteligencia para Guatemala, vale *mutatis mutandis* para más de algún otro país de América Latina, si es que no la abarca sin excepción alguna. Quiero esto decir, para volver al lenguaje de otro economista, que, cuando se examina en la región el papel histórico de "sus fuerzas autónomas", tiene sin duda importancia el problema técnico, pesan no menos los movimientos de la población, pero se impone sobre todo el "movimiento de las ideas". Es decir, en respuesta precisa a la pregunta fundamental -y segunda en el orden de nuestras preocupaciones-, la toma de conciencia que abre la nueva edad es sobre todo de naturaleza psicológico-social o para retornar a las palabras del propio Marchal antes citado: C'est, en effet, la "prise de conscience" d'un désajustement dans les structures sociales qui peut conduire -au besoin en faisant intervenir la contrainte dont disposent l'Etat et les groupes- à une modification des structures économiques et vice-versa"⁶.

2.- El Problema del Cambio Social

A pesar de la tinta gastada en el intento de poner en claro el denominado problema del cambio social, se está muy lejos de un acuerdo tanto en el trazo de sus componentes como en las líneas generales de su solución. Las escuelas clásicas de la sociología -como

³ "Social Change in Guatemala and U.S. policy", en Social change in Latin America today, ob. cit.

⁴ Ob. cit., pag. 257. Traducción "liberal" y subrayado nuestro.

⁵ Ibid., pág. 283. De nuevo subrayado ajenos y paráfrasis más que traducción.

⁶ Ob. cit., pág.103

herederas directas de la filosofía de la historia-, no fueron en el fondo otra cosa que intentos sucesivos de una respuesta a esa magna cuestión. Posteriormente los sociólogos eludieron por lo común enfrentarse con el tema, sea por timidez o por escrúpulos de una actitud más modesta, bien por obedecer a los mandatos de una supuesta conciencia científica que en su terrorismo de tabú suele expresarse entre comillas o con impresionantes mayúsculas.

Por otra parte, la escuela funcionalista tan de moda en estos años -al menos en Norteamérica o entre sus receptores foráneos más papistas en este caso que el propio Papa-, no obstante unos méritos que nadie discute, apenas puede decir nada sobre este punto porque más que las mudanzas de un sistema social a otro distinto -momento clave de todo auténtico cambio-, le interesan las tensiones y conflictos dentro de un sistema destinados a plegarse en definitiva al equilibrio que lo constituye y justifica. No faltan, claro es, maneras distintas de enfocar el problema y planteamiento de secuencias que pueden ser muy útiles para la investigación empírica de estos o los otros fenómenos de cambio⁷.

El estado de la cuestión es tanto más penoso, pues si hay problema que por naturaleza pertenece al gran tema de la mudanza social, no es otro que el del denominado desarrollo económico y a él tienen que referirse *velis nolis* tanto los economistas como los sociólogos y los historiadores.

a) Una nueva estructura de poder

Huelga por ventura declarar que no entra en la intención de este instante enfrentarse de lleno con tan tremenda cuestión. Pero siguiendo el hilo del pensamiento que enlaza estas líneas, es necesario considerarlo en alguno de sus puntos que, no por casualidad, quizás sea el más decisivo y fundamental. En definitiva, acontece que cuando se trata de cambios totales, es decir, del paso de un "sistema a otro distinto" aquello que con mayor evidencia salta a la vista es una alteración en la estructura de poder. Entiéndase que ese cambio de estructura no ha de ser siempre de carácter radical y revolucionario -una élite eliminada por completo por la "contra-élite" (Lasswell) sustituta-, sino que basta que la modificada composición de la "clase política" y de la "clase dirigente" -alguna combinación entre los viejos y los nuevos- sea lo suficientemente nueva y vigorosa para que se modifique a fondo la orientación política y social de un país. Hay, pues, en todo caso una modificación sustantiva en la estructura de poder anterior.

Una y otra vez, como un "ritornello" más insinuado que formulado de modo expreso, en las páginas anteriores ha aparecido el tema de la estructura de poder. Se ha tratado del tránsito de un sistema histórico -el de la hacienda- a otro absorbente de futuro que es el sistema industrial. Bueno será que, aunque sea a la ligera, no se eludan los problemas de los cambios en la estructura de poder.

⁷ Quizás la presentación más útil por el momento sea el capítulo de Alvin Boskoff, "Social change; major problems in the emergence of theor-etical and research foci", en Howard Becker y Alvin Boskoff, *Modern Sociological Theory in Coontinuity and Change*, 1957. Dos artículos recientes de interés son: Wilbert E. Moore, "A Reconstruction of Theories of Social Change", en *American Sociological Review*, 25 1960, y E. R. Francis, "Prolegomena to a Theory of Social Change", en *Kyklos*, 1961, pág 2. Debe añadirse el brillante estudio de Ralph Dahrendorf, "Out of Utopia", en *American Journal of Sociology*, 1958.

b) Las formas de gobierno y los sistemas electorales

El viejo sistema de la hacienda creó al fin y al cabo un estado en la mayoría de los países y en algunos funcionó por varios años no sólo con la mayor *eficacia*, sino con indiscutible legitimidad, lo que, dicho en otra forma, significa que el "sistema" encontró y mantuvo "su propia fórmula política" (Mosca). Las instituciones políticas que articularon esos Estados procedían, como era natural, de los mejores modelos que en su tiempo brindaban Europa y los Estados Unidos. Sistemas presidenciales o parlamentarios; procedimientos electorales del más vario tipo, desde los de escrutinio mayoritario a los de representación proporcional; organización de los tribunales de justicia a tenor de los cánones reinantes más severos y, en alguna ocasión, con garantías jurídicas tan originales como el juicio de amparo mexicano; y ordenación de la administración, las más de las veces bajo el influjo de la inspiración francesa (de equivalente significación a la española en esos días). Y los códigos fundamentales -civiles, mercantiles, penal y de procedimientos- se promulgan uno tras otro dentro por lo común de las directivas del "derecho continental".

Para los estudiosos de los regímenes políticos latinoamericanos algunas de esas instituciones presentan un haz de cuestiones de suma importancia. Y ante el problema tan reiterado de su "famosa inestabilidad" -las más de las veces puramente de superficie- es natural que se interesen muy en particular por el influjo que en todo ello hayan podido tener sistemas de gobiernos y procedimientos electorales⁸.

Pero estas apresuradas líneas estarían en peligro de engrosarse en un tratado de querer rozar tan siquiera esas cuestiones. Se impone el retorno a nuestra cuestión esencial y de formularla incluso con todos sus inconvenientes de la manera más tajante posible. Es decir, advirtiendo otra vez con enojosa pedantería que sólo se trata de una construcción típico-ideal.

c) Liberales y conservadores

Y lo esencial, sin darle ya más vueltas, es que el viejo sistema encontró su mecanismo en la existencia de dos partidos políticos fundamentales y su "fórmula política" en la contraposición de las dos únicas ideologías de "conservadores" y "liberales". (Huelga insistir en que por el momento no interesa cómo se dio la "alternancia" efectiva entre esos partidos e idearios, ni menos los distintos nombres con que en unos y otros fueron conocidos). Como en todo estudio de partidos habría que investigar, por una parte, su contenido doctrinal y, por otra, su propia estructura. Sin embargo, bastan por el instante unas breves notas a título de recuerdo.

⁸ Una interesante presentación de conjunto puede verse en Ferdinans A. Hermens, "Constitutionalism, Freedom and Reform in Latin America", en el libro colectivo editado por F. B. Pike bajo el título Freedom and Reform in Latin America, 1959, descontando, claro está, en el caso de Hermens, su tendencia - justificada o no- a alimentar el molino de su fobia a la representación proporcional.

Los partidos conservadores mantuvieron por lo general, como es de suyo evidente, los intereses de los grandes terratenientes; defendieron los principios tradicionales de la educación; apoyaron el mantenimiento de los viejos usos y maneras, y fueron por lo común partidarios del papel predominante de la Iglesia y no sólo en su aspecto espiritual. Por lo tanto, las más de las veces fueron partidarios decididos de la unión de la Iglesia y del Estado. En sus reformas -y no podían menos de intentarlas y proponerlas- propugnaron la cautela y prefirieron sobre todo las de carácter formal jurídico-administrativo.

Los liberales -casi huelga la contraposición- si no en todas partes declarados "anticlericales" luchaban por recortar las prerrogativas de la Iglesia, espirituales desde luego, pero no menos territoriales y de propiedad -el famoso movimiento "desarmotizador" como el más claro ejemplo-; eran partidarios de renovar la educación "modernizándola en todos sus grados; mantenían tímidamente proposiciones de reforma de la estructura agraria, y alimentaban -con mayor o menor vaguedad- ideales federalistas en lo político y de *self-government* en las administraciones locales".

Aunque las contraposiciones ante ciertos problemas de intereses y otras cuestiones fuesen técnicas -objetivas como hoy se diría-, no eran muchas veces tan hondas como para no permitir honorables "compromisos" y, con el tiempo, apenas llegaron a diferir las orientaciones fiscales y económicas, guiadas por un común manchesterismo doctrinal. Sin embargo, las divergencias confesionales fueron siempre muy agudas -aun en cuestiones que hoy parecen periféricas- y emparentan la dicotomía liberal-conservadora de los hispanoamericanos a las peculiares y semejantes tradiciones de los países latinos mediterráneos: Francia, Italia y España.

Por lo que a la estructura de esos partidos se refiere, pertenecen sin lugar a dudas al tipo que hoy se denomina de "notables" o de "caucus" en la terminología anglosajona. Tradicionales jefes locales, vinculados entre sí, se apoyaban en la ocasión debida -el momento de las elecciones- en organizaciones flotantes de interesados secundarios, que ponían en marcha los parafernalia acostumbrados de asambleas, reuniones y declaraciones orales o escritas de propósitos y promesas, sin que la participación de los miembros de semejantes partidos llegara más allá de la emisión del voto, o de la asistencia más o menos entusiasta y temporal a unos de aquellos actos. Los partidos tradicionales de "notables" han existido y existen por todas partes con igual cariz, y no es por ello motivo de sonrojo -de comprensión histórica nada más- su presencia en América Latina. Lo decisivo, sin embargo, son estas tres cosas.

Primero, la simbiosis que hubo por muchas partes entre los soportes personales-familiares de esos partidos. Nadie dudará para quien tenga presente la fundamental contraposición sociológica entre el campo y la ciudad -entre el "sistema de la hacienda" y el "complejo mercantil-cultural de la urbe"- cuál tuvo que ser desde el principio el reclutamiento habitual de tales partidos. Pero desde los lejanos tiempos -dentro de nuestra historia- de la expansión ultramarina, la nobleza andaluza se mezcló gustosa en los negocios de comenda y los enriquecidos mercaderes, nacionales o extranjeros -genoveses, venecianos, de Pisa o de Florencia- buscaron en la propiedad territorial la consagración social de su nuevo *status*. Esta constelación originaria se repitió hasta la saciedad lo mismo aquí que por otras partes. (¿No es el primer capitalismo italiano el modelo ejemplar?) El

señor de hacienda era también vecino de la urbe y el comerciante urbano -del interior o porteño- ansiaba con su recién comprada estancia la vecindad consagratoria de la vieja aristocracia rural. La realidad, como siempre, se resiste a las categorías académicas y está cruzada de transiciones y matices. Y si esta simbiosis naturalmente producida se añade otra de carácter pragmático -el hecho de que muchas familias contaran con una "dispersión estratégica" de sus miembros entre ambos partidos para no perder así nunca posibilidades de influjo y poder-, se comprenderá que el sistema funcionase en muchas partes sin tropiezos y dentro de una relativa uniformidad social y política.

Porque, en efecto, el innegable hecho decisivo -nos guste o no, y la historia sólo quisiera comprender- es que el sistema funcionó- y que lo hizo por largo tiempo con todos los requisitos que los más severos "funcionalistas" contemporáneos exigen: integración, realización de fines, adaptación al exterior, y mantenimiento de un manejo continuado de las tensiones y conflictos internos. A veces después de prolongadas décadas de anarquía fue en sus propias "ficciones" una estructura latente creadora de paz y estabilidad a pesar del "engaño". No faltan ejemplos americanos, pero quizás la configuración más ilustre de este tipo fue la solución canovista de la Restauración española que -a pesar de las "merecidas críticas" de la última generación de maestros españoles- puso las bases materiales de la "Edad de plata" que ellos mismos habían más tarde de crear. Sin embargo, algunos entre los beneficiarios del sistema empezaron a darse cuenta de que había llegado un momento en que todo ese artificio había dejado de funcionar. Y honra decir -por citar sólo un ejemplo- que un conservador como Roque Sáenz Peña pretendiera en su día, tarde quizás y frente a muchos de los suyos, abrir las compuertas a las impetuosas corriente de los nuevos tiempos.

El tercer hecho decisivo -y ahora tan grave que de la secuela de sus problemas sufre todavía hoy América Latina- es que ese sistema dejó un buen día de funcionar de un modo definitivo, creando con la carencia de una sucesión un gravísimo vacío político, o dicho de otra forma la total carencia de una adecuada estructura de poder a la altura de los tiempos. O si se quiere, el problema de la formación de la nueva clase dirigente -heredera directa de la anterior- que requería la situación totalmente nueva de América Latina.

El caso colombiano es quizás el más espinoso -por no decir trágico- de lo que ha producido en el cuerpo latinoamericano una evolución ineluctable, para decirlo a lo Tocqueville. Y si la misión de estas páginas no fuera otra habría que detenerse morosamente -y con amor, bien entendido- en la consideración, por su carácter ejemplar, de ese "resultado" histórico. Pero no hay que engañarse: el problema es común, aun en condiciones más atenuadas y menos peligrosas.

d) La quiebra del sistema

La quiebra de la combinación bipartidista tradicional que acompaña el ocaso del sistema tradicional de la hacienda es el resultado de la transformación profunda antes reseñada, es la consecuencia de la aparición de las nuevas clases medias -urbana y en parte rurales-, es el derivado de la confusa descomposición ideológica que acompaña o se mezcla con esos mismos fenómenos. Es el producto de la incapacidad de llenar un hueco político con los partidos de masas que demanda la edad, imposible ya de controlar por los partidos

de notables, no obstante su experiencia y -para qué dudarlo- a pesar de sus mejores intenciones. Es el fruto de las condiciones que se han dado - voluntarias o fatales- para la formación de una nueva clase política y de la clase dirigente que requiere -lo desee o no - como su apoyo y guía.

Sería injusto en el plano de un riguroso análisis intelectual no reconocer las dificultades que opone la realidad. No es otra cosa de examinarlas todas. Ceñidos tan sólo a los problemas de adaptación de todos los sistemas bipartidistas tradicionales, será bueno recordar lo que nos enseña uno de los mejores conocedores del problema: Maurice Duverger. Sólo hay un caso ejemplar de la transformación oportuna, a su tiempo, de la oposición tradicional -naturalmente europea también- entre liberales y conservadores. Se trata de Inglaterra, siempre en lo político -las más de las veces- de igual ejemplaridad. En ella se cumple de manera cabal el paso necesario de un *bipartisme du XIX^{ème} siècle* ya caduco al *bipartisme du XX^{ème} siècle*. Pero el mecanismo⁹ social que produjo ese resultado no dejó de influir también por otras partes, aunque no con iguales resultados. ahora bien, ése es el mecanismo que, *sin necesidad de reproducir punto por punto todos sus caracteres*, no pudo darse en América Latina, por la indisciplina y confusión ideológica de sus movimientos llamados de Izquierda -arriba aludidos-, por la multiplicidad de partidos a que dio lugar y por el peso de algunas personalidades de campanario ciertamente entusiastas, pero con "*certa confusione nella testa*". El sociólogo -mientras trata de explicar- no pretende dar recetas salvadoras para el futuro. Algunos, como R. Aron entre otros, han visto en las consecuencias de esta tardía situación algunas dificultades de la democracia latinoamericana y que pueden llevarle a emparejarla con la democracia constitucional francesa o italiana -no de la española por el momento-, que en su estructura parlamentaria tiene el peligro de ver flanqueados, por extremismos inconformes con el "régimen", el centro mantenedor del proceso democrático tradicional. La situación parece lejana todavía, pero no sobra la advertencia.

e) *El vacío político y la crisis de legitimidad*

El hueco de la estructura de poder que mantiene todavía la inadecuada transformación de los partidos políticos históricos que forjó en su momento -y con acierto- el sistema de la

⁹ ¿Como no transcribir, en méritos de su precisión conceptual, las palabras del propio Duverger "Au XIX siècle, en Europe Occidentale, l'opposition des partis conservateurs et des partis libéraux a reflète un conflit de classe entre l'aristocratie et la bourgeoisie, dont l'analyse marxiste a donné une description convenable. Une tendance au bipartisme s'est ainsi manifestée clairement. Dans la deuxième moitié du siècle, le développement industriel et la croissance du prolétariat engendrent une troisième force politico-sociale, qui s'incarne dans les partis socialistes. Le bipartisme précédent tend alors à se transformer en tripartisme. Ce phénomène est observable à l'état pur en Grande Bretagne, en Belgique. en Australie, Nouvelle Zélande. Ailleurs, d'autres éléments interfèrent avec lui, mais sa trace demeure nettement perceptible (Maurice Duverger, Sociologie des partis politiques", Guvvitch, ed.; en Traité de Sociologie, Paris, 1960, pág. 38). Y añade luego, sin que pueda insistir en todas las nuances: "mais au fur et à mesure que la démocratie politique s'établit, qu'elle devient un régime installé, qu'un retour offensif su système aristocratique apparait de moins en moins possible, l'oppositon des conservateurs et des libéraux perd progressivement sa signification..." (Ibid., pág. 39). Estas u otras ideas del profesor francés pueden ser discutibles; impertinencia sería intentarlo aquí. Pero no parece que nadie dude que son excelente punto de apoyo para el examen que llevamos entre manos: el de la declinación de la vieja estructura bipartidista en América Latina.

hacienda, es un vacío gravísimo porque deja en el aire -sin sustancia- las raíces de la legitimidad. Un régimen para ser creador -no para mantenerse más o menos tiempo- ha de ser, se ha dicho repetidamente (desde Aristóteles a Max Weber y por todos los "maquiavelistas" sin excepción), a la par legítimo y eficaz. Pero si mucho se aprieta es más importante lo primero que lo segundo. No es imposible que las viejas clases - las oligarquías de otrora- sean capaces de ganar una nueva legalidad si se esfuerzan por modificar a la altura de los tiempos "su fórmula" política. Un viejo liberal no puede nunca desear -sin negarse a sí mismo- la liquidación de nadie; y un aprendiz de sociólogo sabe por añadidura el importante papel que la "clase protectora" en el sentido shumpeteriano¹⁰, desempeñaron en momentos de transformación histórica. Pero si esa voluntad de transformación no existe, no hay lamento posible sino la resignación religiosa de que a veces Dios, en sus designios inescrutables puede cegar precisamente a aquéllos a quienes quiere perder.

El vacío de poder dejado de la oligarquía secular -claro es, allí donde se llenó de repente por un hecho revolucionario- tratan de colmarlo con esfuerzo pacífico las nuevas organizaciones -quizás con excesivo tropiezos y tanteos- de las fuerzas productivas más importantes (no sobran unas gotas de saintsimonismo) de las modernas sociedades industriales.

f) Digresión sobre los militares

Pero a contrapelo precisamente de saintsimonianos y spencerianos, un hecho contemporáneo en América Latina y otras partes pone a dura prueba la exactitud de sus profecías: el predominio de los militares. El hecho, muy delicado, es por añadidura en extremo complejo, y nacional e internacional al mismo tiempo. Las tensiones de la era atómica - aunque sólo sea y ojalá para siempre pura guerra fría de nervios no por cierto congelados- justifican el problema en todo lo que se deriva del campo internacional. En la esfera nacional dos hechos contrapuestos hacen asimismo comprensible la aparición del fenómeno, pues se trata de viejas potencias que no pueden humanamente, de la noche a la mañana adaptarse a las nuevas circunstancias y modificar dentro de ellas el papel de sus fuerzas armadas cargadas de viejas glorias o de nuevos países que -en la difícilmente improvisable gestación de su nacionalidad- tienen que acudir al ejército como su más elemental fundamento de aglutinación. Nada tiene por eso de particular que ese sistema 'haya podido concentrar -más allá de toda pasión política- el interés más vivo de abundantes cultivadores de las ciencias humanas y sociales¹¹.

Casi sobra declarar que de ese tema sólo nos interesa lo que a América Latina se refiere, y por cierto en un aspecto muy limitado, tal como lo exige nuestro problema

¹⁰ J. A. Shumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 1947, pág.134. Véase asimismo Carl Brinkman, "Die Aristokratie in Kapitalistischen Zeitalter", en *Wirtschaftsformen*, 1950, pág.33.

¹¹ Basta consignar la casi simultánea aparición de dos números extraordinarios dedicados a esta materia por parte de dos competentes revistas sociológicas. En los *Archives Européennes de Sociologie* (t.II, N°1, 1961) se han publicado con el título "*Le sabre et la loi*". Por su parte *la Revue Française de Sociologie* (vol. II, abril-junio, 1961) aparece con el título igualmente especial de *Guerre -Armée - Société*". Ambas revistas ofrecen una copiosa literatura universal sobre el tema, incluyendo la más reciente e interesantísima norteamericana.

principal. Dicho en otra forma, esta digresión sobre los militares en la política latinoamericana sólo pretende un mínimo de comprensión sobre ciertos puntos esenciales¹².

Alguien pudiera decirnos que desde 1960 el libro bien intencionado de Edwin Lieuwen¹³ da suficiente pasto para extensos comentarios. Se presta sin embargo a que los mismos no resulten concordantes¹⁴ y aunque desde luego añadió más de una brasa al "dolorido sentir" de los progresistas latinoamericanos, acontecidos recientes de estos últimos tiempos no dejan de atenuar esos sonrojos aunque sólo sea con el obre argumento de que en todas partes cuecen habas.

Ahora bien, ese intento de comprensión programáticamente anunciado parte de la base del hecho - repetido, por necesidad, casi *ad nauseam*- del vacío de poder originado en el ocaso de la secular estructura social de América Latina. Todo vacío de poder invita automáticamente y enérgicamente a una toma de posesión y sería muy comprensible desde el punto de vista humano que si los químicos, los arquitectos o los apacibles helenistas dispusieran de obedientes seguidores entendidos en el uso de las ametralladoras no dudarán, con la implantación de su gobierno, de forzar la aquiescencia general en sus interesantes disciplinas. Pero no se trata de esto, aunque contenga algo más que la apariencia de una broma inocente. No siempre estamos frente a un desnudo afán de poder.

En nuestra fase romántica el caudillo de las luchas civiles o internacionales era en realidad un hacendado con jarreteras y bien empuñado sable, seguido por improvisadas huestes, que como en el caso de Paéz acabaron por constituir un aguerrido cuerpo de lanceros. Pero hoy estamos en una época menos heroica de supuesta apacibilidad económica, y los militares que aquí o allá se apoderan del poder o influyen en sus decisiones no son improvisados guerreros de la montaña o el llano, sino por lo común "oficiales" profesionales que entregaron algunos años a estudios de riguroso carácter técnico. Por añadidura -y apenas existen excepciones- ya no proceden de la aristocracia hacendaria, sino que son hijos modestos de laboriosas familias de clase media.

¿Que es lo ocurrido, al menos en un buen número de casos? Sin entrar a fondo en la cuestión -y nadie sospeche tampoco excusas o apologías-, importa declarar que el militar profesional -y se sobreentiende en el caso su calidad- se distingue por dos notas muy precisas de su educación. Es por lo pronto, el único profesional que ha sido educado dentro de una visión patriótica. Geografía e Historia, mitos heroicos y virtudes de sacrificio y disciplina convergen en formar una idea de la patria como un todo. Intereses particulares existen, claro está, como en cualquier otro grupo humano. Pero, sentimental o realista, su visión de conjunto del estado es la de una entidad que no sólo hay que mantener y engrandecer cuanto sea posible con el fuerza de todos, sino que exige el sacrificio de la vida a tenor de una vieja tradición milenaria.

¹² No hago uso por eso del artículo antes citado de Germani y Silvert, u otros trabajos semejantes, casi todos coetáneos, de nacionales o extranjeros.

¹³ Arms and Politics in Latin America, 1960. Otro libro en proyecto, editado por John J. Johnson, expresa en su anunciado título una muy justa ampliación del mismo tema: *The role of the military in underdeveloped countries*.

¹⁴ Un ejemplo de algunas diferencias de matices en su apreciación es la doble reseña de su publicación aparecida en el N°1 de la importante revista mexicana Foro Internacional, julio-septiembre de 1960.

Por otra parte, el militar profesional de nuestros días recibe -mejor o peor- una formación de carácter técnico que lo contagia fácilmente con las tendencias tecnocráticas de nuestra edad. Pero si en los países dominantes esas probabilidades tecnocráticas tiene empleo inmediato en las exigencia de su propia profesión, en los países marginales -en que por fortuna ningún conflicto mortal amenaza entre vecinos y así, sea por muchos años esas apetencias quedan, por así decirlo en flotante disponibilidad.

Social y psicológicamente esas dos notas en la formación del militar pesan decididamente en su interés por la política, muy en particular en los mal llamados "países subdesarrollados". Ese mismo título es ya un estigma que entra en el complejo de apetencia y grandeza que tortura el ánimo del oficial de carrera en igual medida que a otros profesionales.

Ocurre entonces, en circunstancias desgraciadas de una política inerte y sin nervio, que el oficial de carrera puede sentirse capaz de vencer los dos pecados fundamentales que son los culpables de la frustración. La vieja oligarquía conserva, a no dudarlo, ciertas capacidades de mando y una idea de la unidad nacional, pero sus intereses particulares pesan quizás demasiado para permitirle *actuar con eficacia*; las nuevas izquierdas, no sólo por la urgencia de sus impostergables problemas cotidianos, sino por su misma formación y sus ensueños idealistas, suelen ser muy pobres en las concepciones de la legitimidad nacional en su conjunto y escasas en sus instintos de poder y de mando. Lo veía Max Weber allá por 1895, como antes se dijo, y no es de extrañar que algunos alemanes de gran inteligencia y de todo color creyeran ante la inminente catástrofe nazi que una dictadura militar -a la romana- hubiera salvado a la república de Weimar de sus inconciliables tensiones.

Los oficiales profesionales -hombres de clase media- pueden entonces pensar que su tarea de impulsar el desarrollo y aumentar por tanto la grandeza nacional, tiene que tener como supuestos esenciales fundamentar la *legitimidad* caduca y aumentar la *eficacia* en entredicho.

Quien haya pasado durante algún tiempo -como el autor de estas líneas- por la experiencia de las inquietudes de una juventud militar -entre libros y contactos personales- no tendrá dudas sobre el asunto. Y recordará, quizás administrativamente, en qué forma la "disponibilidad tecnológica" de algunos oficiales se vertía con todo entusiasmo, allá en la frontera de la selva santacruzana, en la organización de los Regimientos Coloniales.

Por una ironía de la historia ese intento militar suele ser siempre fallido. Olvidemos los casos de corrupción. Se trata de una ley más complicada, pues resulta que, como resultado de su acción y al cabo de algún tiempo, la legitimidad que generosamente trataban de apuntalar se deteriora al contrario sin remedio, y apenas se gana nada en la eficacia buscada, porque la técnica moderna, enormemente complicada, exige compromisos, programas y cooperaciones mancomunadas que no consigue en un solo día la voz de mando mejor intencionada.

La experiencia recordará de nuevo una y otra vez, que no hay propiamente estado sin la primacía del poder civil. Pero tampoco es posible prescindir por ahora de la integradora y honrosa función del poder militar. Mientras tanto, a la capacidad de visión de las nuevas clases dirigentes corresponde dar soluciones prácticas y humanas al grupo social que constituyen los hombres de las fuerzas armadas de un país. Como en otras cuestiones, importa la educación -una educación al nivel de nuestro tiempo-, pero también el arte de dar salida a sus innegables "disponibilidades de creación".

3.- Las Nuevas Masas y La Atracción Demagógica

Al lado de los denominados "sectores medios", activos ya hace tiempo en el campo político latinoamericano a través de sus partidos -defectuosos como son- y de sus grupos de intereses (dejemos de lado la horrenda traducción literal del adjetivo físico de la presión), gran parte de las fuerzas obreras se encuentran también organizadas, a pesar de que la acción sindical ha tropezado hasta ahora -lamentable error- con más obstáculos que facilidades. Pero estas fuerzas obreras organizadas, encuadradas con disciplina por sus objetivos de mejora económica y de participación política, con predominio a veces de éstos frente a los primeros en los momentos iniciales de su actividad, constituyen todavía una capa aristocrática y, por decirlo así, privilegiada dentro del proletario.

a) Las poblaciones expelidas y su desarraigo

¿Qué ocurre, en cambio, con las nuevas masas que "expelidas" por la miseria del agro o por modificaciones ocasionales de sus relaciones de producción se agrupan en las ciudades o marchan a engrosar al proletariado rural de las nuevas explotaciones de tipo moderno? Propios y extraños señalan y lamentan cómo en Lima o en Rio, en Santiago o en Mexico, se extienden como hongos las miserables poblaciones marginales, conocidas en unas y otras partes con distintos nombres que ya han perdido carácter local al generalizarse su conocimiento. Pero también están dentro del mismo campo los desplazados aquí o allá por los "cultivos especulativos" o los que atraen las ventajas de las grandes empresas de exportación. Cura y preocupación de la política social es compartir el cúmulo de problemas que esas gentes presentan en sus éxodos y en su temporal "desajuste". Lo que aquí interesa ahora es otra cosa: el problema de su integración política o, si se quiere, de los peligros que implica su situación para el buen funcionamiento de la democracia en los peculiares momentos del actual desarrollo económico.

Pero claro está, y casi huelga decirlo, el razonamiento que sigue sólo tiene validez para el creyente o partidario de la democracia liberal. En efecto, el problema que se plantea es el de que la situación de tales masas constituye campo abonado para las decisiones extremistas, con la sorpresa en este caso de que el extremismo de que se trata está muy lejos de tener un solo color, y puede ser tanto de la derecha como de la izquierda. Dentro de una literatura creciente día a día sobre el tema suele incluso hablarse del "autoritarismo" de la clase obrera, término cuyos orígenes no es cosa ahora de perseguir y que, sea correcto o incorrecto, no deja de arrojar alguna luz sobre algunas perplejidades del

atónito hombre contemporáneo, siempre que no trate de olvidar demasiado pronto algunas de sus más vivas experiencias. Pero vayamos por partes.

El moderno proletariado industrial organizado -como demuestra su ya copiosa historia policial y sindical- no lo compone por lo común y en modo alguno el hombre de derecha, más naturalmente en Europa que en Norteamérica. Es cierto que algunos grupos obreros norteamericanos votan con buena conciencia por el partido republicano - por condiciones peculiares de ese país fácilmente explicables- o para poner un ejemplo más reciente o sin duda menos habitual: no deja de inquietar - intelectualmente, se entiende- a algunos observadores ingleses el voto *tory* de una supuesta *new working class*. Con todo, es de suyo evidente que el proletariado tiende de por sí a ser "progresista" más bien que conservador. Ahora bien, no se trata sólo de esto, sino de la constancia y relativa "previsibilidad" de esas preferencias del mundo del trabajo.

Pero obsérvese que tal cosa ocurre en circunstancias normales, dentro de las cuales no es menos normal el izquierdismo de ciertas gentes, como es, aparte el obrero, el de la mayoría de los intelectuales. Y esa conducta previsible es, sociológicamente hablando, plenamente racional.

Sin embargo, cuando esas circunstancias normales dejan de ofrecerse -inseguridad económica, trastornos inflacionarios, desocupación abundante, quiebra de los planes de vida, períodos de guerra, etc.,etc.-, la previsibilidad de todas las conductas empieza a hacerse oscura y problemática.

Lo irracional se convierte en una posibilidad sociológica. Las experiencias europeas durante los años en que se propagan los "fascismos" y otras inquietudes del más vario color -los extraños movimientos agrarios de algunos pueblos de la Europa oriental- son ejemplos de parejas situaciones que todavía no se interpretan a fondo en toda su variada complicación. Pero si tal aconteció con grupos y masas que ya habían conocido algunos años de estabilidad y que encuadraban muchas veces poderosas organizaciones educativas y culturales a la par que de lucha política y económica, ¿cuál puede ser la situación de numerosas masas -auténticamente tales- que disuelven en la suma de su desarraigo el tenue *humus* de su pasado cultural?

b) Las "situaciones de masa"

No es cosa de entrar ahora en el confuso y complicado tema de la sociedad de masas,¹⁵ claveteado además por las ideas fijas de algunas actitudes polémicas. Pero es necesario recordar algunos puntos esenciales. No discutamos la existencia -negada por algunos- de una supuesta sociedad de masas, que aunque es útil para ciertos propósitos - de

¹⁵ El autor de estas líneas trató de poner algún orden en tan espinoso tema en un cursillo dado en la Universidad de Córdoba y de que aparece un fragmento en el tomo de septiembre-diciembre (Año 1, N^{os} 4-5) de la Revista de la Universidad nacional de Córdoba dedicado, como extraordinario a "La Sociedad de Masas". Me interesa resaltar dentro del contexto de estas líneas el interesante libro de W. Kornhauser, *Politics of Mass Society*, 1959

crítica cultural sobre todo- constituye, a no dudarlo, una categoría sociológica demasiado general para ciertos fines de investigación empírica muy concreta, de naturaleza política entre otros. Conviene en cambio utilizar la categoría más precisa de "situaciones de masa", para explicar algunos fenómenos psico-sociales de la denominada "conducta colectiva".

Pues bien, esas poblaciones "expelidas" del medio social tradicional de América Latina, y que se agrupan sobre todo en las "callampas" y "favelas" de sus grandes urbes, constituyen el caso típico de una condición generadora de "situaciones de masa". Es decir - y precisa marchar a la carrera-, constituyen condiciones en que se dan todas y cada una de las características de las mencionadas situaciones: congestionamiento, que quizá dilata la sensación de poder; comunidad de destino, hecho de aspiraciones incumplidas, de frustraciones cotidianas y de un sentimiento de inseguridad, conciencia en fin de la distancia que separa sus modos de vida de la de los más afortunados seres que los rodean. ¿cuál es la conducta política que esperamos de esos grupos en tales circunstancias? O dicho de otra forma: ¿es previsible el sentido y orientación de esa conducta? En algún otro escrito, y también en forma apresurada, se llamó la atención sobre la seriedad de la situación descrita en los países latinoamericanos en trance actual de desarrollo económico.¹⁶

Porque el verdadero enigma -no importa la insistencia- reside en lo dudoso de todo intento de previsión. Seymour Martin Lipset, miembro - por ahora- del grupo californiano, uno de los más interesantes de la actual sociología norteamericana, es en parte el responsable de haber fletado el tema y de haber acuñado en idioma inglés la problemática antes referida del "autoritarismo obrero".* Conviene apoyarse algunos momentos en sus palabras que, claro es, ni para él mismo pretenden tener carácter dogmático. Y haciendo sólo uso de algunas notas. La situación social de las clases sociales más bajas -en modo alguno identificadas con el *lumpen proletariat* en sentido marxista- se caracteriza por su pobre educación, por la participación escasa en organizaciones voluntarias de todo tipo, por su poca lectura, por el aislamiento de sus ocupaciones, por su inseguridad económica, y por el carácter autoritario de la estructura familiar.¹⁷

Saltando quizás en forma indebida, sobre ciertos enlaces analíticos tenemos: a) una elevada correlación de esas características con actitudes antidemocráticas; b) una tendencia hacia el autoritarismo que esta vinculado con su relativa falta de seguridad tanto económica como psicológica; y en consecuencia, c) una predisposición en favor de movimientos "extremistas" -políticos, se entiende, pero no siempre únicamente de ese carácter- que en ciertas condiciones puede transformarse en su contrario, es decir, en una total "apatía" política.

¹⁶ Su título "Las relaciones entre las instituciones sociales y las económicas. Un modelo teórico para América Latina", en Boletín Económico para América Latina, vol. VI N°1, marzo de 1962, pag. 37, no deja de ser algo tremebundo, pero así lo impusieron circunstancias contingente, con perjuicio quizá de la modesta finalidad de sus propósitos.

* Véase, como examen crítico, el artículo de Miller y Riessmann, "Work-ing-class Authoritarianism: a critique of Lipset", en The British Journal of Sociology, setiembre de 1961, así como la réplica del propio Lipset en el mismo número.

¹⁷ Véase Political man. 1959, pág. 109. El subrayado es nuestro.

Sin embargo, el propio Lipset propone una *hipótesis*, de singular trascendencia -para el demócrata desde luego- y que es necesario comprobar en diversas circunstancias. La hipótesis es ésta en su tenor literal: "La proposición de que la ausencia de un marco de referencia rico y complejo es la variable vital que vincula un bajo *status* con la predisposición al extremismo, no requiere que las capas sociales más bajas tengan que ser por *necesidad* autoritarias; implica que, permaneciendo iguales las demás circunstancias, *se decidirán en fin de cuentas por la alternativa menos compleja*"¹⁸. Lo que quiere decir que cuando el *extremismo* representa esa alternativa de mayor complejidad, esos grupos se inclinarán más bien por oponerse a esos movimientos y partidos.

c) *La persistencia de la imagen paternalista*

Al igual que en otros momentos, está fuera de nuestras intenciones iniciar discusión alguna de las tesis de Lipset, o de otros que le acompañan en ellas. Basta con reconocer para su mérito que se atrevió a plantear un problema - desconcertante en su apariencia- que no sólo tiene independiente valor teórico, sino que importa en extremo para estimular la meditación de los estudiosos latinoamericanos de estos azarosos días.¹⁹ Retornemos de nuevo al tantas veces citado estudio de Wagley, pues nunca cansa la precisión y la claridad. Lo mismo los obreros de las plantaciones mecanizadas, que los congestionados vecinos de las "favelas", son gente desarraigadas, separadas ya por más o menos tiempo de sus modos tradicionales de vida. Ahora bien, recordemos que uno de los elementos esenciales de esos modos de vida ya perdidos es la imagen - casi mítica- del *patrao*. Por lo tanto, en las "situaciones de masa" en que viven esas gentes, puede ser que el sentimiento más poderoso sea la nostalgia por semejante patrón. Mas ese patrón puede tomar y toma en nuestros tiempos la figura apasionante del demagogo, de manera que, aunque las clases populares brasileñas sigan siendo católicas y tengan escasa orientación internacional "pueden fácilmente verse arrastradas por nuevos líderes carismáticos en la medida que continúe la gravedad de su situación; pueden ser fácilmente vulnerables a influencias extremistas".²⁰ Lo que vale para el Brasil rige también para otros países. Y esos extremismos los mismo pueden ser de derecha que de izquierda.

¹⁸ El subrayado es nuestro. La traducción es literal como arriba se dice y algo difícil, dada la obstinada insistencia de la joven sociología norteamericana por expresarse en una jerga que dificulta -por desgracia para todos- la necesaria universalización.

¹⁹ Dentro de esa inspiración, Glarecio Ary Dillon Soares acaba de publicar un artículo (Boletín del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, Año IV, N°2). con interesante aplicación a la realidad brasileña de la problemática antes esbozada. Anuncia una segunda parte. Aunque cuajado de tablas y computaciones - muy interesantes por sí mismas- el artículo adolece quizá de la dolencia de las más jóvenes investigaciones sociológicas: que la profusión de los árboles oscurece la visión clara de Bosque. En la Argentina, Gino Germani tuvo que tomar el toro por los cuernos -lo que fue y significó el Peronismo-, y por lo tanto abundan en su libro que esta dentro también de la dirección bosquejada, no sólo interpretaciones ingeniosas -no siempre indiscutible, naturalmente-, sino cuadros importantes de sociología electoral Argentina, que es realmente una pena no poder transcribir y comentar por lo largo. (Véase Política e Massa, Edicoes da Revista Brasileira de Estudos Políticos, Universidad de Minas Gerais, 1960)

²⁰ Wagley, ob. cit., pág. 214.

d) Los partidos populistas

Si las clases dirigentes no se ocupan seriamente del problema -y no se trata tan sólo de medidas paliativas de asistencia social-, el mayor peligro de América Latina está en el posible florecer de partidos "populistas". Peligro sobre todo para el desarrollo económico, pues -como se ha sostenido en otra ocasión- tales partidos, cualquiera que sea su humana generosidad, son desde el punto de vista técnico tan erráticos e improvisadores que llevan en su seno la esencia misma de la ineficacia.

Cómo incorporar esas masas desarraigadas a una vida política nacional responsable, es cosa que debemos abandonar por ahora a mejores consejeros. No sabemos su la ciencia política cuenta ya con los doctores que sabrán responder a la pregunta. Una solución es posible y con éxito quizás "a la corta": *panem et circenses*. Pero a la larga sus actuales sustitutos -tortillas, cine y televisión barato- no pueden menos de estar cargados de peligros. El desarrollo económico, cierto, exige sacrificios, pero también muestras tangibles que mantengan día a día las esperanzas de los hombres, de sus sufridos e irremplazables soportes. En la reunión en México del Grupo de Trabajo sobre los Aspectos Sociales del Desarrollo Económico en América Latina en diciembre de 1960 fue ésta una preocupación unánime y esencial. Aunque se expresó de diversas maneras, conviene sobre todo recordar esta opinión: "Adoptar una política de asignación de inversiones tal, que la producción de bienes para asalariados aumente con mayor rapidez que la producción de otros bienes de consumo y servicios"²¹. Un gran político puertorriqueño tenía como lema para los suyos la expresión esforzada de "halda arriba". Nadie pretende que otros dirigentes de distintos países acepten como suya la sabrosa expresión boricua, pero sí que realicen en alguna forma su sentido: el desarrollo económico es una marcha cuesta arriba, siempre penosa. Sin embargo, puede lograrse con éxito si los que emprenden juntos la esforzada ascensión son capaces de cuando en cuando, al mirar en torno, de reconocer y de disfrutar los resultados tangibles ganados de esa forma, paso a paso.

REVISTA DE SOCIOLOGÍA
N°16 – 2002
Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Chile
(p. 30 – 42)

Democracia y Capitalismo En Momentos De Crisis*

Enzo Faletto V.**

²¹ Véase letra (a) del punto 11 en las Recomendaciones del Economista en el informe del grupo, Boletín Económico de América Latina, vol. VI, N°1, marzo de 1961, pag. 62.

* El presente artículo esta basado en dos trabajos anteriores del autor, el primero de 1989 y el segundo de 1998.